

January 2007

## Textos difíciles y lectores incapaces

Diego Fernando Barragán Giraldo

*Universidad de La Salle, Bogotá*, [dbarragan@lasalle.edu.co](mailto:dbarragan@lasalle.edu.co)

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Barragán Giraldo, D. F. (2007). Textos difíciles y lectores incapaces. *Revista de la Universidad de La Salle*, (43), 32-38.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# Textos difíciles y lectores incapaces

Diego Fernando Barragán Giraldo<sup>1</sup>

*El poeta camina de puntillas  
por el hilo de seda de sus letras  
busca el asombro en la curva de los dioses  
Luz Mary Giraldo*

*Yo creo que no se trata de que alguien finalmente  
lea un libro, el desafío está en iniciar a alguien  
en una vida para la cual los libros  
sean luz y compañía,  
tengan la frecuencia de un alimento  
y la confianza de una amistad  
William Ospina*

Hace algunos años, durante mi formación universitaria, un profesor me permitió el encuentro con un magnífico texto intitulado: *sobre la lectura*, del gran pensador colombiano Estanislao Zuleta, en el que se invitaba a leer con pasión y buscando, ante todo, la profundidad del cómo se accede a los escritos<sup>2</sup>. En ese entonces el texto mencionado me resultó bastante complejo, pero ante la insistencia del autor sobre la necesidad de esforzarse para entender lo que cualquier escritor presentaba, ya que había que descifrar el código que subyacía al escrito y en consecuencia la incapacidad era de uno, como lector, guardé silencio y no sé si por vergüenza o por inteligencia terminé por encontrar el mencionado código. Luego, ya como profesor, en múltiples oportunidades al iniciar mis cursos, la primera lectura que debían hacer mis estudiantes era esta, de manera tal que todo el trabajo que a partir de allí se colocara tenía como horizonte de sentido el espíritu de aquel escrito: se debe buscar el código que el autor presenta ya que no hay textos fáciles. Hoy, a la luz de mi experiencia como maestro, y haciendo una relectura del escrito mencionado, deseo presentar en las líneas que siguen algunos desarrollos teóricos alrededor de la lectura que desde la hermenéutica filosófica se pueden considerar.

Para tales fines, en la primera parte del escrito se presentarán algunas consideraciones respecto a la argumentación y al modo como el escritor busca en sus textos convencer a quien lee. En un segundo momento, se mostrará cómo leer

implica esfuerzo. Finalmente, se cerrará esta reflexión haciendo una invitación a la lectura comprensiva como medio para transformar la propia existencia.

## DEL ARGUMENTO, DEL TEXTO Y DEL ESCRITOR

Desde una perspectiva hermenéutica es necesario comprender que la posibilidad que tiene el ser humano de narrarse, es lo que le permite hacer presencia como ente histórico<sup>3</sup>: “todo lo que relatamos ocurre en el tiempo”, afirma Ricoeur

<sup>1</sup> Jefe Oficina de Docencia Universidad de La Salle.  
Correos electrónicos: dbarragan@lasalle.edu.co diegobg1@yahoo.com

<sup>2</sup> Me refiero a la conferencia pronunciada en 1978 en la Universidad Libre y editada luego en un compendio más grande intitulado: *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos*. Bogotá: Procultura, 1985.

<sup>3</sup> La historicidad del ser humano ha sido tema de vital importancia en el pensamiento occidental, no obstante, en los últimos años ha cobrado nueva fuerza la preocupación por la conciencia histórica; especialmente al revitalizarse las discusiones entre ciencias humanas y exactas. *Heidegger en el Ser y el Tiempo*, por ejemplo, presenta el *dasein* como el existente que va constituyendo, por medio de sus proyectos, la subjetividad que le es propia. Pero tal construcción de sentido, sólo es posible en la manera que se configura como ser histórico (Heidegger, 1995). Por su parte *Ricoeur*, a través de su obra, insiste constantemente en la necesidad de comprender la historicidad como categoría fundamental para la comprensión de la constitución de subjetividad, al punto que llega a afirmar radicalmente en *del texto a la acción*, una obra síntesis de su pensamiento: “(...) Mi hipótesis esencial es la siguiente: la cualidad común de la experiencia humana, marcada, articulada y clarificada por el acto de relatar en todas sus formas,

(2006:16). En consecuencia, los seres humanos nos narramos de modos diversos: unas veces mediante lo oral, otras tantas en lo escrito y sin embargo, a la vez, nos narramos por medio del cuerpo, los gestos, lo que vestimos, lo que creemos, lo que bailamos o el deporte que hacemos; narrarse es condición de posibilidad en dónde todos seríamos iguales. Es allí, en la narración, dónde se presentan los anhelos, las pasiones, los argumentos, en fin, donde se puede convencer o no, al otro sobre lo que se narra. Desde este lugar y en consonancia con esta categoría, absolutamente todo lo narrado es susceptible de ser interpretado y comprendido. En este estado de cosas, la comunicación consiste en que alguien narra y otro asume lo narrado; y es que la mayor parte de la comunicación tiene relación con lo que las personas creen y perciben acerca de su mundo. Las personas necesitan analizar mensajes de diferentes fuentes: medios escritos, mass media, interacción social, profesores, publicidad, situaciones diarias; por ello, desarrollan habilidades de razonamiento a las que llamamos argumentos, que les permiten aceptar o rechazar puntos de vista y sustentar los propios.

Sin embargo, para los fines de este escrito, dejaremos de lado, no por ser de menor relevancia, las premisas anteriores y nos concentraremos sólo alrededor de las posibilidades de la narración escrita. Las consideraciones que se harán sobre el discurso escrito no pretenderán buscar un acercamiento sintáctico, ni semántico, más bien y en cercanía con la pragmática<sup>4</sup>, se transitará por los horizontes de sentido que se abren hermenéuticamente: “Hace algunos años yo solía relacionar la tarea hermenéutica principalmente con el desciframiento de las diversas capas de sentido del lenguaje simbólico y metafórico. Sin embargo en la actualidad pienso que el lenguaje metafórico y simbólico no es paradigmático para una teoría general de la hermenéutica. Esta teoría debe abarcar el problema completo del discurso, incluyendo la escritura y composición literaria” (Ricoeur, 2003: 91). El autor, en el discurso escrito, de manera privilegiada, no exclusiva, coloca todo su ser<sup>5</sup>. Abre los horizontes de posibilidad en pro de la comprensión de un fenómeno, muchas veces de forma casi egoísta y personal, con miras a la socialización y la transmisión de lo que su espíritu le impulsa a decir. En lo que narra el autor (en este caso por escrito), se hace presente el todo de su subjetividad<sup>6</sup>, sin que por ello le sea legítimo quedarse en su propio horizonte de sentido. El autor está llamado a buscar un mínimo de universalización del lenguaje y del fenómeno; de lo contrario lo narrado no pasa de ser una interpretación solipsista. Él, por así decirlo, rastrea los acontecimientos de las culturas y las sociedades que les son propias o las ajenas; escudriña los fenómenos, atiende a lo que los otros dejan pasar de largo y luego lo resignifica narrando:“(…) El escritor quizá no elige ser escritor, la escritura lo elige, la palabra lo llama y se le hace no sólo necesaria sino una forma de responsabilidad y compromiso” (Giraldo, 2004: 42). De esta forma, y sin dejar todo a la intuición o a

la inspiración, quién escribe transita en la dialéctica que le impone la relación concepto y palabra, permitiendo que las categorías lingüísticas performen el pensamiento, el cual “(…) no se expresa simplemente en palabras sino que existe a través de ellas” (Vygostsky, 1934: 67). Las palabras constituyen la narración y esta, a su vez, se encarna formalmente de manera más concreta en la argumentación.

Ahora bien, las narraciones escritas (como las orales), están cargadas de argumentos. La argumentación se puede entender como el proceso humano que con base en razonamientos intenta probar o refutar una tesis, convenciendo a alguien de la verdad o falsedad de lo enunciado; connota a

---

es su carácter temporal. Todo lo que relatamos ocurre en el tiempo, lleva tiempo, se desarrolla temporalmente y, a su vez, todo lo que se desarrolla en el tiempo puede ser relatado. Hasta es posible que ningún proceso temporal sea reconocido como tal sino en la medida en que es relatable de una manera u otra” (Ricoeur, 2006: 16). También Gadamer, insiste siguiendo la línea de reflexión Heideggeriana, en la necesidad de entender que el ser humano es ante todo histórico, es allí en dónde aparece lo lingüístico. En general toda la obra de Gadamer está atravesada por este horizonte de sentido, no obstante, tres ensayos resultan bastante contundentes: los límites de la razón histórica, historia del universo e historicidad del ser humano, y el tercero intitulado historicidad y verdad. (Gadamer, 2001 a)

<sup>4</sup> Para clarificar respecto a esta disciplina de análisis del discurso, a continuación se referencia de manera directa, de la compilación realizada por Van Dijk, intitulada *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso. Una introducción Multidisciplinaria*: “En su sentido más amplio, la pragmática es el estudio de la comunicación lingüística en contexto. El lenguaje es el principal medio de comunicación entre las personas; sin embargo, el solo conocimiento de las palabras y la gramática de una lengua no garantiza el éxito en la comunicación.(…)dicho de otro modo, su objeto son tanto los procesos como los productos de la comunicación, incluyendo su inserción en la cultura y las consecuencias sociales. (...)En términos históricos, la pragmática tiene su origen en la filosofía del lenguaje. El filósofo Charles Morris (1938), ocupado del esquema general de la ciencia de los signos, o *semiótica*, distinguió tres campos de estudio diferentes: la *sintaxis*, el estudio de las relaciones formales de los signos entre sí; la *semántica*, el estudio de las relaciones de los de los signos con los objetos a los cuales los signos son aplicables (sus referentes); y la *pragmática*, el estudio de la relación de los signos con sus intérpretes. (...) La pragmática contemporánea funda sus análisis principalmente en el discurso, es decir, en secuencias extensas de texto y habla reales, y se plantea como objetivo el desarrollo de una teoría exhaustiva de las relaciones entre uso del lenguaje y los contextos socioculturales.” (Blum-Kulka, 2000: 67-68)

<sup>5</sup> Es en el discurso dónde la subjetividad acaece, se manifiesta. Aristóteles en la Retórica, se ocupa de las categorías que sobre la deliberación, el discurso y la oratoria, permiten lograr en los que escuchan la adhesión a los planteamientos del orador; podríamos decir, siguiendo al estagirita, que por la palabra es lo que es el orador (Aristóteles, 1999). De modo similar estas categorías pueden trasladarse al discurso escrito (aspecto este que no trata de manera directa Aristóteles), el cual permanece en la medida que quien habla ya no esta presente.

<sup>6</sup> La subjetividad como problema posee hoy un horizonte bien distinto al de hace algunas décadas. Al igual que los metarelatos o la razón o el concepto de hombre, ya no se puede hablar del sujeto o incluso de la subjetividad misma, como categorías omniabarcantes que permitan explicar la existencia humana. Los discursos apuntan a intentar comprender al ser humano en clave de contexto situacional, donde con base en sus referentes de cultura y dentro de las relaciones sociales constituye su propia subjetividad, que siempre es política. Un ejemplo de esta tendencia son los estudios que sobre la temática realizan Emma León y Hugo Zemelman quienes insisten en la importancia de abrir los procesos individuales a una construcción colectiva de lo socio-cultural (León y Zemelman, 1997).

la vez un planteamiento constituido por una serie de premisas que en términos generales, unas cumplen funciones de soporte o de conclusión: “El objetivo de toda argumentación es provocar o acrecentar la adhesión a las tesis presentadas para su asentimiento: una argumentación eficaz es la que consigue aumentar esta intensidad de adhesión de manera que desencadene en los oyentes la acción prevista (acción positiva o abstención), o, al menos, que cree, en ellos, una predisposición, que se manifestará en el momento oportuno” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1998: 91). Por otra parte, y para considerar otra cara del problema, cabe tener en cuenta que a la argumentación se le contrapone la demostración, en donde se buscan datos objetivos que sean el producto de una serie de principios fundamentales, probatorios, sólidos, estables, científicos, si se desea: “(...) cuando se trata de demostrar una proposición, basta con indicar qué procedimientos permiten que esta proposición sea la última expresión de una serie deductiva cuyos primeros elementos los proporciona quien ha construido el sistema axiomático en el interior del cual se efectúa la demostración” (Ibíd.: 48); en esta orilla se sitúa, por ejemplo la lógica, en donde la posibilidad de interpretación es nula. Por el contrario, “el campo de la argumentación es el de lo verosímil, lo plausible, lo probable” (Ibíd.: 3), en ella se posibilita el diálogo, la discusión; en general el discurso.

Es por medio de los argumentos como los seres humanos nos narramos y con estos convencemos a los otros de nuestras narraciones. En este sentido Aristóteles distingue tres características que el orador despliega al momento de persuadir, al punto que se puede prescindir de las demostraciones: la sensatez, la virtud y la benevolencia; estas categorías, por extensión, se pueden trasladar al discurso escrito. Un orador o un escritor que logre con sus argumentos persuadir, hace que quién escuche o lea mueva sus más íntimas pasiones<sup>7</sup>, las cuales hacen que “los hombres se hagan volubles y cambien en lo relativo a los juicios” (Aristóteles, 1999: 311). Desde esta perspectiva, y para sintetizar, el proceso de argumentación se fundamenta en lo que de la narración es aceptado como válido para derivar en una conclusión que persuade a individuos o colectividades. En el fondo, lo que se persigue es hacer que el interlocutor asuma racionalmente como propios los argumentos narrados, es decir y tal como ya lo plantea Aristóteles (Ibíd.: 177), los seres humanos se persuaden cuando por vía del discurso se les muestra la verdad, o al menos lo que se asemeja a lo verdadero; en estos términos persuadir al otro implica: “(...) hacerle admitir una conclusión e incitarlo a adoptar los comportamientos adecuados” (Plantin, Ch, 2001: 39).

De ahí que el escritor al argumentar narra e intenta en sus escritos remover el horizonte interpretativo del lector por medio de la palabra: “ y ciertamente en orden a demostrar, todos proporcionan pruebas por persuasión aduciendo

ejemplo o entinemas” (Aristóteles, 1999: 180) para que así las pasiones que emergen de la relación lectura-escritura, lo convenzan, lo persuadan, lo seduzcan y lo sumerjan en la nueva condición que se le presenta como alternativa de reinterpretación y modificación de la realidad. Este proceso de argumentación y persuasión oral y/o escrito apunta a recordar la memoria y resignificar los contextos socio-culturales, en franca tensión con el presente, el pasado y el futuro: “Ningún texto es único, pues es suma de muchos otros que hablan y hablaron por nosotros, para nosotros y con nosotros. Esta permanente relación entre lo que es o lo que ha sido la creación hace pensar en su necesidad. ¿Para qué sirve? Algunos la entienden como sustituto de la vida, representación, recreación, reproducción, manifestación misteriosa y sin embargo habitual que define épocas y en ellas, a sus autores en su propio estilo” (Giraldo, 2004: 42). El escritor coloca en el texto, en los argumentos, todo su ser; esto mismo es lo que Gadamer (2001: 77) identifica (con un aire fenomenológico muy cercano a Husserl), al referirse a la poesía, como aquello que se evoca lingüísticamente en forma de intuición, presencia, existencia y que a la vez cada sujeto asume la palabra poética recibiendo toda la fuerza intuitiva sin que esto pueda ser enteramente transmitido, pero a la vez posee estructuras lógicas que le permiten su comunicabilidad: “un texto es la unidad de un tejido, y como textura se presenta en una totalidad, y no en cuanto signos de escritura, ni tampoco siquiera en las unidades gramaticales con que se constituye la frase” (Gadamer, 2001 a: 103).

La palabra hablada pertenece al que la oye, nos recuerda Gadamer (2002: 70), por ello el escrito ya no es parcela exclusiva de quién escucha; en él, lo narrado permanece en el tiempo. En consecuencia, el texto es la presencia del autor; los horizontes de sentido que este le imprime a su producción, configuran y caracterizan su obra, esto permite incluirlo a él y a sus escritos dentro de ciertas tendencias, que puedan facilitar una aproximación analítica: “(...) podemos decir que lo que llega a la escritura es el discurso en tanto intención de decir, y que la escritura es una inscripción directa de esta intención, aún cuando, histórica y psicológicamente, la escritura comenzó por transcribir gráficamente los signos del habla. Esta liberación de la escritura que la pone en el lugar del habla es el acto del nacimiento del texto” (Ricoeur, 2003: 129). El texto, a su vez, puede perdurar en el tiempo y está allí por sí mismo, sin explicaciones más allá de este. En lo que se fija por escrito está la posibilidad de crear lectores; estos van a los textos y a su vez colocan su ser (como lo hizo el

<sup>7</sup> En el libro segundo de la Retórica, Aristóteles presenta sistemáticamente cómo las pasiones afectan el juicio de las personas llevándolas a reorientar sus actuaciones, es decir se persuaden. Así categorías como la ira, la calma, el amor y el odio, el temor y la confianza, la vergüenza y la desvergüenza, el favor, la compasión, la indignación, la envidia, la emulación constituyen la fuerza intuitiva que mueve los discursos y los argumentos. (Aristóteles, 1999: 307 ss)

escritor) para encontrarse e identificarse, o no, en lo escrito. En esto es lo que insiste Ricoeur (2006: 33) al mostrar que la intención del autor no aparece inmediatamente, como cuando alguien habla; esta debe ser reconstruida al mismo tiempo que el significado propio del texto.

## DE LA LECTURA Y DE LECTORES FÁCILES

Leer implica esfuerzo. No basta la disposición lingüística, lógica y semántica, sino además comporta una actitud interpretativa y comprensiva: “Es difícil que llegue a ser un buen lector alguien que no sienta el asombro de las palabras y que no sea consciente de su poder” (Ospina, 2004: 57); asombrarse se entiende como capacidad de apertura a lo que el autor ha colocado en el escrito, es decir, su vida misma. Ahora bien, desde esta perspectiva no intento dejar por sentado que se deba leer cualquier cosa; a lo que hago mención es a los escritos que por su carácter profundo y sistemático se consolidan y adquieren su reconocimiento a partir de las estructuras (o desestructuras) propias de su género. Así por ejemplo, leer poesía involucra a una producción artística que presente a los lectores, obras realmente poéticas; o al leer literatura, lo que al menos se exige es que se enmarque dentro de los cánones (siempre mutables) que permiten considerar una producción escrita dentro de esta categoría. Lo mismo sucede, entonces, con el ensayo, los escritos filosóficos, políticos, científicos etc. Por ello, no todo lo que se fija por escrito puede satisfacer las necesidades académicas y existenciales del lector; Heidegger (1995: 186 ss) califica producciones de esta índole como *escribidurías*, que se pueden entender como escritos que no invitan a llenar de sentido el mundo del lector. Son textos que simplemente presentan una opinión frente a un asunto y a la vez desarraigan, al ser humano de su condición reflexiva, autocomprensiva y resignificativa práctica del mundo; tales *escribidurías* son el equivalente escrito de las *habladurías*. Sin embargo y con estos presupuestos, es el lector el que puede, de acuerdo a su historicidad y su libertad, seleccionar lo que lee, incluso *escribidurías*.

Ahora bien, para seguir con el horizonte interpretativo que me he impuesto en este escrito (que de paso he impuesto al lector), y sentadas en líneas atrás las categorías de análisis sobre el problema de la escritura y la lectura, quisiera volver sobre el ensayo de Estanislao Zuleta, haciendo énfasis en la siguientes palabras: “No hay textos fáciles; no busquen facilidad por ninguna parte, no busquen la escalera, primero Martha Harneker, después Althusser; eso es lo peor; no hay autores fáciles, lo que hay son lectores fáciles, que leen con facilidad porque no saben que no están entendiendo; por eso les parece más sencillo Descartes que Hegel. Toda la lectura es ardua y es un trabajo de interpretación: fundación de un código a partir del texto, no de la ideología preasignada a los términos” (Zuleta, 1985: 91). Parecería entonces que ante

la dificultad de la lectura estaría reservada para una suerte de iniciados, que por su formación podrían acceder a los escritos que los autores presentan. No, ese no es el sentido del leer (o del escribir).

Analicemos un poco las diferentes variables que aparecen a la luz de la interpretación y la comprensión de la cita anterior. En primer lugar, creo, que a la lectura se debe acceder con plena libertad, donde la sola motivación no basta. A manera de ejemplo, yo puedo estar muy motivado a leer los tomos de la Teoría de la Acción Comunicativa de Jürgen Habermas, pero eso no es suficiente; si decido libremente iniciar esta aventura, mi camino debe estar enmarcado por una opción firme de la voluntad, en la que asumo el reto de encontrar las categorías y huellas que el autor presenta en su texto, para así acceder a los vericuetos del lenguaje habermasiano. En fin, es una decisión voluntaria y libre. Por el contrario, puedo no estar motivado a leer nuevamente *El Quijote* y sin embargo, libremente inicio la aventura respondiendo también a los retos que Cervantes deja entrever en su discurso de español antiguo. Si espero a que llegue la motivación o las ganas de leer, nunca voy a iniciar el camino.

En un segundo momento debe entenderse, también, que la lectura implica a la vez disciplina, es decir, imbuirse en el texto, trabajarlo e incluso recrearlo; una aproximación general, una lectura rápida o un vistazo por la obra, no deja de ser una simple opinión: “(...) Hay que ser capaz de dejarse afectar, perturbar, trastornar por un texto del que uno todavía no puede dar cuenta, pero que ya lo conmueve. Hay que ser capaz de habitar largamente en él, antes de poder hablar de él (...)” (Zuleta, 1985: 91). Consideradas estas variables, puede entenderse cómo la actitud frente al texto convoca una disposición de todas las cualidades del lector: emocionales, anímicas, racionales y también, en grado sumo, permeabilidad frente a lo que desde el texto se pueda decir; incluso también, hacer distancias de lo escrito o simplemente sumergirse en él: “Yo diría, dejando aparte todas las diferencias de la escritura, que cada escrito, para ser comprendido, requiere una especie de tránsito al oído interior” (Gadamer, 1998: 2000).

En este mismo orden de ideas y en un tercer momento, es importante decir que no hay que tenerle miedo a los textos. Ellos en sí mismos poseen su propia estructura y su código particular. No son monstruos que necesiten una preparación o una armadura especial para enfrentarlos, ni tan sagrados que un profano no pueda acceder a sus lenguajes; estos, por decirlo de algún modo, son la presencia de los autores y estos a su vez son seres humanos tan comunes como nosotros: “(...) Cuando se trata de una escritura en el sentido fuerte del término entonces no hay un código común previo, pues el texto produce su propio código, le asigna su valor; este es un punto importantísimo en la teoría de la lectura (...)”

(Zuleta, 1985: 85). La iniciativa está en el lector; es este quien debe reconfigurar los códigos, que por medio de argumentos, el autor ya ha dejado en lo escrito<sup>8</sup>; no está el escritor para ampliar lo que no se ha entendido, lo que el lector tiene frente a sus ojos es lo único que le permitirá comprender e interpretar. Podría decirse, teniendo en cuenta que siempre se escribe para alguien, que el escribir es el acto máximo de confianza del escritor en el lector: quién lee porta en sí todas las posibilidades para interpretar y comprender lo escrito. Al texto no hay que tenerle miedo, se le teme en la medida que no se le conoce. Los códigos están allí para ser descubiertos y en la medida que el lector se familiariza con ellos, los domina, deja de temerles, resignifica lo que el escritor presenta.

Frente a los códigos quisiera en este punto, introducir una variable. En un ensayo que data de 1994 (que en la traducción española se encuentra bajo el nombre de: *tras la huella de la hermenéutica* y en dónde se hace una lectura hermenéutica de la deconstrucción de Derrida), Gadamer (2001 a: 85-115) presenta, al hablar del texto escrito, una categoría que resulta para los fines de este ensayo bastante pertinente. Allí el alemán, siguiendo a Derrida, muestra cómo lo que hay que buscar en las narraciones, especialmente en el texto escrito, es la huella. Al lector le corresponde entonces, como un detective o un expedicionario, buscar los rastros que el escritor deja en lo escrito: “quién encuentra una huella sabe sin duda también que ahí ha estado algo y que algo ha quedado ahí, como quién dice. Pero esto no se comprueba sin más. A partir de ahí uno empieza a buscar, preguntándose a donde puede llevar la huella” (Gadamer, 2001 a: 100). Este camino de búsqueda implica para el lector el descubrimiento, el ojo atento, en fin, recurrir a todos los artificios de la sagacidad y el intelecto. Para seguir la huella y no perder el camino todo vale, lo que está en juego es poder llegar a algún lado y llegar bien. Así como en la vida diaria, que seguimos huellas, al leer se debe hacer lo mismo: primero descifrar cada una de las letras, luego articular convenientemente las palabras, para finalmente en una mirada total, interpretar y comprender el contexto; en ese punto puede alguien imbuirse en la lectura. Es para el lector una aventura, en la que a fuerza de fortaleza, empeño, constancia y el rigor de quién lee se llega al éxito; y este punto de llegada victorioso tiene por nombre: comprensión. Comprender un texto es el resultado de la recolección de indicios, que muchas veces no estaban a la vista: “las huellas pueden cruzarse, pueden borrarse y acabarse, pueden señalar hacia una lejanía para la cual no existe guía” (Gadamer, 2001 a: 101).

Existen, pues, lectores fáciles (o más bien facilistas), que temen a los textos. Ellos se caracterizan por mostrarse carentes de ahínco, voluntad y determinación, que ante los primeros contratiempos de la lectura abandonan la empresa; claro, es más simple tildar de incomprensibles a Nietzsche, Aristóteles, Kant y Habermas, o de monótonos a García Már-

quez, Juan Rulfo y Hemingway, o subjetivistas y “romanticosnes” a Neruda, Nervo y Pizarnik, o infantil a Saint Exupéry, o de extraños a Cortazar, Proust, y Carpentier, o de anacrónicos y pasados de moda a Marx, Engels y Keynes. El reto frente a la lectura está en descifrar el código del autor, buscar las huellas que ha dejado, sondear los argumentos, adherirse a lo planteado o rechazar lo que allí se presenta. Sin embargo, y después de transitar largo rato por la problemática de la lectura, cabe hacerse la pregunta siguiente: ¿pero para qué leer? Ese será el tema del siguiente apartado.

## PARA ATREVERSE A LEER

Al escrito hay que dejarlo que se alce con su voz propia; esa voz que tiempo atrás el escritor dejó plasmada en el texto: “Y bien, ¿Qué es entonces leer? La respuesta es: dejar hablar” (Gadamer, 2002: 71). Dejar hablar implica, escuchar al otro, comprenderlo, seguir las huellas, sondear los códigos que los signos y símbolos dejan. Leer, entonces, remite necesariamente a la apertura del diálogo, en el que pueden entrar en tal actividad quienes asumen un lenguaje común.

Leer y leer, se nos insiste desde niños. No obstante, en muchas sociedades limitadas por la desigualdad social, acciones de este tipo son una suerte de lotería que algunos logran con esfuerzo; incluso se establecen metas como las propuestas por la ONU, por las que se pretende disminuir la ya tan marcada brecha entre las naciones<sup>9</sup>. Pero eso no basta, leer bien o por lo menos aprender a leer es ya un reto que menos personas pueden asumir. Parecería que la culpa es de nuestros sistemas educativos, en los cuales no se dinamizan los procesos formativos en pro de lectores reflexivos y críticos. Se lee para repetir lo que los autores dicen

<sup>8</sup> Como se mencionó anteriormente, la palabra escrita está en el texto fijada por medio de argumentos, estos tiene la finalidad de persuadir. Para clarificar mejor la relación entre argumentación y persuasión, a la luz de la hermenéutica de Gadamer, dos conceptos resultan eficaces para comprender mejor el fenómeno lingüístico: la proclamación y la promesa. El primer concepto hunde sus raíces en la hermenéutica jurídica, el segundo en la hermenéutica religiosa, ambos configuran lo que los autores pretenden fijar en sus escritos. Todo texto es proclamación (anuncio escatológico) de argumentos, que por la autoridad que el autor posee (posibilidad de decir algo), se alzan a la vista de todos y a la vez es promesa de cumplimiento, es decir que invitan a re-significar el mundo del lector. (Gadamer, 2001 b: 76ss). Sugiero también, si se desea profundizar en esta temática pero ya en relación con la poesía, revisar un artículo de mi autoría publicado en la Revista Vera Humanitas N° 38 (Julio-Diciembre de 2004), de la Universidad de la Salle México intitolado: Poesía como declaración e interpretación: una lectura desde Hans-Georg Gadamer.

<sup>9</sup> Propuestos por la ONU, los ocho objetivos de desarrollo del Milenio, que abarcan desde la reducción a la mitad la pobreza extrema hasta la detención de la propagación del VIH/SIDA y la consecución de la enseñanza primaria universal para el año 2015, constituyen un plan convenido por todas las naciones del mundo y todas las instituciones de desarrollo más importantes a nivel mundial. Los objetivos han galvanizado esfuerzos sin precedentes para ayudar a los más pobres del mundo. Estos objetivos son: *Erradicar la pobreza extrema y el hambre. Lograr la educación primaria universal. Promover la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer. Reducir la mortalidad de los niños menores de 5 años. Mejorar la salud materna; Combatir el*



y a eso se le agrega que se hace por obligación. ¿Quién no recuerda experiencias traumáticas alrededor de algún texto literario, filosófico o religioso que a regañadientes leímos en nuestra primaria, bachillerato o universidad? Con una formación así, dejar hablar a los textos resulta difícil. Nuestra escuela no forma para seguir las huellas que dejan los escritos, no se hace crecer en la argumentación, en la lectura comprensiva e interpretativa y mucho menos en la lectura crítica.

Ahora bien, creo que es hora de dar un paso más en este camino reflexivo en el que estamos trabajando: y en últimas ¿para qué leer? o más bien ¿por qué leer? Se lee para transformar la vida. En los textos se abren mundos, se exponen tesis, se recrea la imaginación, son la puerta de entrada a una cultura; por la lectura se configura el intelecto. Es en el universo de posibilidades que abre la lectura en dónde el lector confronta lo que sabe, con lo que por medio de argumentos el autor le coloca en frente. La lectura transforma, de allí que la imagen del mundo que nos hacemos tiene que ver en mucho con lo que leemos: “Las cosas serán como lo que conocemos por nuestro aprendizaje de la lectura” afirmará Gadamer (2002: 72). De este proceso deviene la toma de decisiones, la lectura abre la gama de posibilidades al momento de optar por algo. Se lee para poder transformar la propia existencia; en este sentido, salir de la ignorancia significa, ante todo, tener mayores posibilidades para la libre elección. De ahí que la escuela (desde el preescolar hasta la universidad), debe contribuir a la consolidación de procesos de lecto-escritura que formen en la conciencia crítica con miras a la transformación social. Esta no es una tarea fácil pero es un reto que involucra a la sociedad entera.

Sin embargo, nada de esto es posible si no se da el primer paso: hay que atreverse a leer, esa es una oportunidad que uno no debe dejar pasar por alto. No importa lo difícil del texto, ni las limitaciones que puedan surgir, hay que atre-

verse a leer. A muchos seres humanos se les va la vida sin darse la oportunidad de leer; ni siquiera logran acercarse a las principales obras de la cultura a la cual pertenecen ni a los clásicos del pensamiento universal. La invitación es esta: leer, y leer con ganas, con determinación, con fortaleza y sobre todo con la convicción de poder transformar lo que se piensa. ¿Por qué no volver a leer el Quijote? ¿Es tan difícil que no se le pueda seguir la huella? De eso se trata, de colocarse retos.

Quisiera terminar esta reflexión insistiendo en dos ideas que desde hace tiempo rondan mi existencia y mi labor docente. La primera de ellas tiene que ver con que leer es importante, pero también lo es el escribir. Allí, en la escritura, el auténtico lector, llena también de sentido su existencia y coloca ante la mirada de todos su caminar intelectual: “Entre todo cuanto se escribe, yo amo sólo lo que aquello que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con tu sangre, y comprenderás que la sangre es espíritu” (Nietzsche, 1992: 56). Escribir con sangre es volcar la existencia en el papel. Un mundo de lectores, sin quién alguien escriba, resultaría bastante aburrido; un mundo de tales características permitiría que casi nada se transformara.

La segunda idea, que deseo presentar, para de una vez cerrar este escrito, se encuentra al finalizar el Fedro, dónde aparece una invocación al dios Pan, que bien puede aplicarse al lector riguroso, a ese que se enfrenta a una obra sin miedos ni temores, a ese recolector de códigos y huellas que no se desanima ante las dificultades; en fin, a personas que desean cambiar su propia existencia por medio de la lectura. El fragmento dice así: “rico quiero considerar al sabio, y quisiera poseer un tesoro que estuviera compuesto de este oro que nadie, a no ser hombre sereno, pudiera portar o llevar consigo” (Platón, 1986: 413).

---

*VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades. Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente. Fomentar una alianza mundial para el desarrollo. Tales esfuerzos por el desarrollo humano son un reto para el mundo entero y se expresa en las palabras de Kofi A. Annan cuando afirma: “Aún tenemos tiempo para alcanzar los objetivos, en todo el mundo y en la mayoría de los países, si no en todos, pero sólo si logramos romper con la rutina. El éxito no se logrará de la noche a la mañana, sino que requerirá trabajar de manera continua durante todo el decenio, desde ahora hasta que termine el plazo. Se necesita tiempo para formar a maestros, enfermeros e ingenieros; lleva tiempo construir carreteras, escuelas y hospitales, así como fomentar empresas grandes y pequeñas que puedan generar los empleos e ingresos necesarios. Por consiguiente, hay que poner manos a la obra desde ahora. También debemos aumentar la asistencia para el desarrollo a nivel mundial en más del doble durante los próximos años, pues sólo así se podrá contribuir al logro de los objetivos.” El documento completo puede ser consultado en: <http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/>*

## BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles. *Retórica*. (Racionero, Q. trad.) Madrid: Gredos, 1999.

Blum-Kulka, S. "Pragmática del discurso". VAN DIJK, Teun. (Comp.) *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso. Una introducción Multidisciplinaria*. Tomo II. (Boschioli, V. trad.). Barcelona: Gedisa, 2000.

Gadamer, H-G. *Acotaciones hermenéuticas*. (Agud, A. De Agapito, R. trad.) Madrid: Trotta, 2002.

Gadamer, H-G. *El giro hermenéutico*. (Parada, A. trad.) Madrid: Cátedra, 2001, a.

\_\_\_\_\_. *Estética y hermenéutica*. (Gómez A. trad.) Madrid: Tecnos, 2001, b.

\_\_\_\_\_. *Verdad y método II*. (Olasagastii, M. trad.) Salamanca: Sígueme, 1998)

Giraldo, L. M. "Escribir: leer con todo el cuerpo". *Colombia: la alegría de pensar*. Bogotá: Universidad Autónoma, 2004.

Heidegger, M. *El ser y el tiempo*. (Gaos, J. trad.). Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1995.

León, E y Zemelman H. (comp.). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. México: Ánthropos, 1997.

Nietzsche, F. *Así Habló Zarathustra*. (García-Borrón, J. C. trad.). Barcelona: Planeta-Agostini, 1992.

Ospina, W. "Lo que entregan los libros". *Colombia: la alegría de pensar*. Bogotá: Universidad Autónoma, 2004.

Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. (Sevilla Muñoz J. Trad.). Madrid: Gredos, 1989.

Plantin, Ch. *La argumentación*. (Tusón Valls A. Trad. ). Barcelona: Ariel. 2001.

Platón. *Diálogos*, Tomo III. *Fedón, Banquete, Fedro*. (García, C. Martines, M. Lledó, E. Trad). Madrid: Gredos, 1986.

Ricoeur, P. *Del texto a la Acción*. (Corona, P. Trad.) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

\_\_\_\_\_. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI, 2003.

Vygostsky, L. *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires: Argentina, 1934.

Zuleta, E. *Sobre la idealización de la vida personal y colectiva y otros ensayos*. Bogotá: Procultura. 1985.